

## **Siete piezas para un rompecabezas de caminos zurdos (no absurdos): celebrando aperturas o crítica de las certezas puras**

*Fernando Coronil*

Por medio de estas notas quiero explorar algunos aspectos centrales del orden capitalista neoliberal contra el cual ha surgido en los últimos años en la América Latina, para sorpresa de quienes celebraban el fin de la izquierda, un racimo de gobiernos y movimientos “zurdos”. Celebrando las aperturas que estas luchas ofrecen, también quiero contrarrestar cierta tendencia que le cierra caminos al imaginario utópico: la certeza que permite postular a alguien o postularse como agente puro de la historia y dueño de su verdad, pretensión que quienes aspiran a otro orden, incluyendo viejas y nuevas izquierdas, comparten demasiadas veces con quienes dominan el orden imperial.

Es ya un lugar común decir que ha ocurrido un giro hacia la izquierda en la América Latina. Aún quienes por hábito profesional cuestionamos lugares comunes, desconfiamos del uso de etiquetas genéricas, y reconocemos las marcadas diferencias de gobiernos como el de Chávez en Venezuela y Bachelet en Chile, o la heterogeneidad de movimientos

como los piqueteros en Argentina y los zapatistas en México, recurrimos al término “izquierda” como el signo político común de esta emergente realidad latinoamericana. Aún cuando la pintemos con matices variopintos, es difícil no ver a nuestra América teñida de algo de rojo, o al menos de rosa-dos. Después de estar de capa caída, ahora la izquierda ondea en nuestro continente como una flamante bandera. Viejo signo en tiempos nuevos. ¿Qué significa esto?

Significa, al menos en parte, que estamos en guerra –o para algunos, en pelea de parejas. Aún en los centros metropolitanos se terminó la luna de miel con el neoliberalismo, que se proclamaba a si mismo, después de la caída del socialismo realmente inexistente, como el fin de la historia –su fin en el doble sentido de su meta y de su plena realización. Al cabo de unos breves años de difícil matrimonio planetario, el neoliberalismo ha dejado maltrecho al planeta y no ofrece recetas creíbles para mejorar las cosas. Aunque no aparezca claramente un mejor partido, ahora el neoliberalismo solo puede proclamarse como patrón mundial si oculta que puede solo ser el fin deseado de algunos a costa del desdichado fin de muchos más.

Desde las cimas imperiales, quienes dominan el orden mundial buscan reformas que disminuyan el desastre o lo hagan menos evidente o peligroso. La lucha contra la pobreza se ha convertido en lema de agencias y organismos internacionales; hasta el Fondo Monetario Internacional lo proclama como suyo.

¿Y qué pasa en la América Latina? Aún cuando las prácticas no vayan siempre de mano del discurso, al menos

la retórica política es cada vez más progresista. Estados y movimientos sociales hacen suyas las propuestas por un orden no solo más justo, sino más plural. Desde la derecha, aún el nuevo presidente de México, Felipe Calderón, proclama que lucha por una sociedad sin pobreza y multiétnica, aunque su programa represente la continuación del excluyente proyecto de mestizaje. Desde la izquierda, Hugo Chávez, el ícono del estado radical latinoamericano, proclama el socialismo del siglo XXI como alternativa al imperio capitalista, aún cuando se convierte en empresas mixtas a transnacionales petroleras. Mientras tanto, al margen del Estado, esquivando debates sobre izquierdas y derechas, el subcomandante Marcos pide que de arriba vayamos abajo: que veamos lo que quiere el pueblo y actuemos en base a sus pedidos. En nuestra América, diversos movimientos populares –indigenistas, de vecinos, de mujeres, de campesinos sin tierra, de obreros sin trabajo– también se enfrentan al orden neoliberal. Algunos quieren reformarlo, otros revolucionarlo, y otros crear un orden alterno en base a cosmologías no occidentales.

Entonces, ¿se puede hablar de un movimiento de izquierda, de un proyecto común? ¿Sería más acertado reconocer una multiplicidad de izquierdas y movimientos contra el orden imperante? ¿Se trata de realizar la promesa de igualdad del orden occidental o reconocer otros ideales basados en otros órdenes culturales? ¿Si ya no el proletariado, quién o quienes serán los agentes del cambio? ¿Se lucha ahora por el poder, o, como proponen algunos, contra el poder? Si no es-

tamos claros con respecto a los fines, reconocemos al menos que estamos en guerra, pero ¿acaso compartimos el mismo enemigo? Muchos le han puesto nombre: capitalismo neoliberal, imperialismo, patriarcado, Europa, el Occidente, la civilización blanca, el episteme moderno. Pero, más allá de las etiquetas, ¿cómo lo comprendemos, y mas importante, cómo lo diferenciamos de nosotros mismos? En qué mundo nos hemos formado, en qué idiomas hablamos, qué contenidos y experiencias informan los sueños que soñamos?

Mis notas se inspiran en estas preguntas para explorar algunos aspectos del orden imperial. Las presentaré siguiendo un modelo del subcomandante Marcos que ya he hecho mío: como piezas de un rompecabezas para armar en común. Las piezas son incompletas –faltan muchas. Tal vez no todas las piezas cuadren bien, pero como en los rompecabezas que uno armaba de niño, a veces uno las empuja duro y, aunque no entren bien en el puesto que le correspondan, permiten vislumbrar algo no imaginado antes –lo que no cuadra bien a veces ilumina lo que cuadra.

## **1. La fundamental relationalidad e historicidad de la izquierda**

Desde sus orígenes en los cuerpos deliberativos de la Asamblea Legislativa durante la Revolución Francesa, la izquierda se ha definido en oposición a la derecha –por el lugar donde ha colocado su fundamento en relación a esta. Su contenido es variable, cambiante y relacional. Si tiene

un denominador común, este viene dado por su oposición cambiante con respecto a las cambiantes jerarquías del poder. En Francia los Montagnards eran izquierda contra los Feuillants, pero posteriormente la izquierda vinó representada por los Girondistas, que fueron desplazados por los Jacobinos después de la caída de Robespierre. Con la consolidación de Napoleón en el poder, la izquierda tuvo que acomodarse al juego del poder dominante. Igual acomodo parece ocurrir ahora, cuando el poder imperial de los Estados Unidos se ha impuesto a nivel mundial.

Durante la Revolución Francesa, la izquierda tendía a favorecer al liberalismo, a la república o a un monarquismo lite contra el monarquismo absoluto, al mercado contra el Estado, a la guerra expansionista imperial contra el provincialismo nacional. Ahora la izquierda se define contra el mercado, a favor de la intervención estatal en beneficio de mayorías, contra guerras expansionistas, y a favor de la sociedad civil contra el Estado y el mercado; en ciertas comunidades, se rechazan estas categorías como parte de un orden occidental, en nombre del orden ancestral que se aspira mantener o recrear.

La distinción entre jerarquía e igualdad ha sido, como plantea Norberto Bobbio, un axis diferenciador de derechas e izquierdas: mientras la derecha favorece la verticalidad de jerarquías, la izquierda favorece la horizontalidad de igualdades. Si bien en el siglo XIX y XX la igualdad dentro de los patrones occidentales era objetivo central de la izquierda, ahora la igualdad se plantea también fuera de sus patrones

dominantes, y aún más, fuera del Occidente mismo: la igualdad de diferencias, es decir, entre todo tipo de culturas y subculturas.

El dominio de la derecha significa que tiene poder para definir el juego político. Como siempre, las izquierdas han estado condenadas en consecuencia a una doble relación: entrar en juego con la derecha, y a la vez tratar de cambiar no solo las reglas del juego, sino sus participantes y el juego mismo. Si el signo del dominio de la derecha es su capacidad de definir el juego, el signo del poder de la izquierda es su poder de jugarlo y transformarlo sin ser absorbida.

La relationalidad constituyente de la izquierda hace que su posición en cada momento dependa del cambiante juego de poder. Después de la caída del muro de Berlín, mientras en el Norte el centro se ha movido a la derecha, en el Sur la izquierda se ha movido al centro. Sin suficiente fuerza para cambiar el juego, la izquierda proclama sus ideales pero ajusta su conducta. Esto ha llevado a una inflación del discurso izquierdista –Chávez es su máxima expresión a nivel del Estado– en medio de una práctica acomodaticia. Posibilismo y utopía se entrejen en compleja maraña. Más no se trata simplemente de un doble discurso, de un divorcio entre palabra y realidad, pues el discurso tiene efectos reales. Ya es difícil hacer política en la América Latina, aún para la derecha, sin hacer del “pueblo” un centro del discurso.

La derecha defiende el orden existente. Las izquierdas buscan un orden futuro, y por ello inédito e innombrable. En la medida en que la utopía implica un orden de libertad en

igualdad, necesita ser imaginada por lo que Marx llamó “la poesía del futuro”. Pero aún esta poesía, como una lengua nueva que aprendemos, está saturada por los acentos de la vieja lengua; nunca aparece pura.

## **2. En esta era imperial, la derecha es el capitalismo global**

Si una vez fué revolucionario, el capitalismo hoy es la fuente de las jerarquías más acentuadas del mundo. El capitalismo es global no solo porque cubre el globo, sino porque es global en sus orígenes, desarrollo y evolución. En la historiografía occidental, el capitalismo aparece como un fenómeno europeo que se expande hacia sus periferías y las asimila paulatinamente. En esta historiografía, debates sobre los orígenes del capitalismo se enfocan en relaciones dentro de Europa. Paradójicamente, el imperialismo, un fenómeno global, aparece como si sus agentes fueran exclusivamente europeos. La periferia aparece como el pasivo objeto del abrazo imperial.

Otras perspectivas –dependentistas, sistema mundo, teoría postcolonial– han descentrado esta visión del capitalismo y redefinido la discusión sobre sus orígenes y naturaleza. De acuerdo con estas perspectivas, se trata ya no, como en conocidos debates, de determinar el origen del capitalismo en el campo europeo o en su comercio inter-urbano, sino de ubicar la Europa misma en el contexto de relaciones globales. La colonización ibérica de las Américas le proporcionó a la Europa

no solo inmensas riquezas en la forma de recursos extraídos del suelo americano y de plusvalía extraída por medio de muchas formas de trabajo forzado. También se convirtió en un laboratorio imperial donde se forjaron modelos de gobierno y de producción. La jurisprudencia española, en gran parte formada como resultado de debates sobre el encuentro colonial, sirvió de fundamento para el derecho internacional (como argumenta Carl Schmitt). Los rebeldes de Haití forzaron a los rebeldes franceses a abolir la esclavitud y a hacer menos provincial la declaración universal de los derechos del hombre y del ciudadano (faltaron otras luchas para que incluyera a las mujeres). Las plantaciones en el Caribe y Brasil, integrando agricultura e industria de gran escala, fueron formas originarias de agro-industria que sirvieron de modelo para la producción capitalista industrial europea. Como ha mostrado Fernando Ortiz a través de su contrapunto entre el azúcar europeo y el tabaco americano, la modernidad no se produjó *en una región*, sino como resultado de intercambios transculturales *entre* centros metropolitanos y sociedades coloniales.

Según esta perspectiva, el capitalismo no se originó *en* centros urbanos o en el campo rural británico y luego se expandió hacia los trópicos. Mas bien, se desarrolló *entre* las colonias y los centros metropolitanos a partir de la expansiva economía mundial del siglo XVI. Sus orígenes se encuentran no en una región, pero entre regiones por medio del proceso que las formaron. El trabajo libre es la forma dominante y más oculta del trabajo forzado bajo el capitalismo, en su criterio definitorio. El desarrollo capitalista no es solo

desigual, sino asimétrico; sus múltiples formas regionales reflejan su dinámica polarizante y las cambiantes formas de poder global dentro del cual se desarrolla.

El proceso global iniciado en la colonia sigue en el presente imperial. Cada vez más definido por redes de capital y trabajo que trascienden fronteras nacionales, la división capitalista tanto del trabajo como de la naturaleza continúa dividiendo a la humanidad, fracturándola entre zonas que concentran la producción de mercancías sofisticadas o basadas en innovaciones científicas y tecnológicas, y áreas que producen mercancías intensivas de trabajo y de naturaleza.

Es cierto que Europa transformó a América. Pero también es cierto que América transformó a Europa. Dada su mutual constitución, no es posible hablar en términos de unidades geo-históricas discretas y autoconformadas y decir que tal o cual región es el producto de la otra. Si bien en desiguales condiciones, Europa y América se constituyeron mutuamente. Pero porque la corriente hegemónica corre en una sola dirección, y se dice a menudo que Europa ha creado a América, tiene sentido entonces, a contracorriente, aseverar junto a Fanon que “Europa es la invención de América.”

### **3. Naciones, imperios y pueblos se han formado en íntima relación, internalizando y creando exterioridades transculturales –todas entrelazadas, impuras**

La formación de los Estados naciones ha estado intimamente ligada al desarrollo global del capitalismo. Como

centros políticos, los imperios coloniales promovieron la expansión del comercio y la industria aún antes que las naciones se constituyeron como Estados independientes. España como nación se forma durante el largo periodo que abarcó tanto la constitución y disolución de su imperio. Como enfatiza Benedict Anderson, la independencia política de la América Latina fué pionera del nacionalismo moderno. La disolución del imperio español dió lugar no solo a las formación de naciones independientes en la América Latina, sino de España misma como un Estado-nación. La entidad llamada “Francia,” que se refiere tanto a un Estado imperial y a un Estado-nación, se convirtió en una entidad estrictamente “nacional” solo después de la disolución del imperio francés durante la segunda mitad del siglo XX (Cooper). Las naciones se formaron simultáneamente con la formación y disolución de imperios; en el proceso, desarrollaron cambiantes formas de definir, incorporar, transformar y diferenciar sus distintas poblaciones.

El imperio no se define por criterios formales o informales, sino por la integración de ambos elementos. En las Américas, la literatura sobre el imperio informal se refiere casi exclusivamente a la experiencia británica, siguiendo la famosa distinción de Gallagher y Robinson de 1953. El hecho de que la noción de imperialismo informal no se ha usado en relación a los Estados Unidos, lejos de cuestionarla, demuestra su validez. La distinción era necesaria para afirmar, como hicieron Gallagher y Robinson, “la unidad” y “totalidad” del imperio británico, tanto en su modalidad de

imperio formal en Asia y África, y de imperio informal en las Américas. Esta distinción se hizo innecesaria en el caso del imperialismo estadounidense, pues este ha hecho de la informalidad su forma normal de ejercer dominio; en su caso, lo que fué una vez informal se ha convertido en lo formal.

El proceso de globalización capitalista internaliza diferencias, destruyendo o transformando pueblos y culturas. Las exterioridades del sistema han sido internalizadas –nada queda intocado, ni los grupos más apartados del Amazonas. La resistencia al sistema es simultáneamente aquella que se produce en sus íntimos engranajes internos como en sus márgenes externos, no menos márgenes sistémicos por extensos, como es el caso de la América andina indígena. En el globo no hay sociedades desligadas de relaciones de dominación externas e internas, ni culturas puras, sino un contrapunteo de sociedades, culturas y subculturas entretejidas por distintas relaciones de poder.

#### **4. El imperialismo no es la fase superior del capitalismo, sino su coetánea condición de existencia**

Esta proposición cuestiona la visión clásica sobre el imperialismo. Tres premisas han fundamentado esta visión eurocéntrica:

- a) el capitalismo es un fenómeno europeo;
- b) las naciones capitalistas europeas son los agentes fundamentales del imperialismo;

- c) el imperialismo es una fase superior del capitalismo europeo. Si aceptamos que el capitalismo es un fenómeno global y que las naciones europeas no son solo sus agentes sino su producto, veremos al imperialismo con otros ojos.

Desde el sur, podemos ver mas fácilmente que el imperialismo no resulta de la dinámica expansiva de las naciones capitalistas europeas ya en su etapa de madurez. Mas bien, el capitalismo es una condición coetánea del capitalismo. El capitalismo y el imperialismo se constituyeron mutuamente en la forja del mundo colonial y del mercado mundial a partir del siglo XVI. Ambos son a la vez causa y producto de la interacción entre imperios metropolitanos y periferías coloniales. Los factores indicados por los teóricos europeos del imperialismo para distinguirlo como una fase del capitalismo nacional europeo –exportación de capitales, la búsqueda de mercados, la unión entre el capital financiero y el productivo, y las rivalidades y alianzas entre Estados– han estado presentes en forma diferente desde la colonización de las Américas hasta el presente. Su configuración particular en un momento específico (como en el período que dió pié a la clásica definición de Lenin) define a una modalidad de imperialismo, no a su esencial naturaleza.

Capitalismo e imperialismo son dos caras de un mismo proceso. Así como el imperialismo hace evidente la dimensión política del capitalismo, el capitalismo hace visible la dimensión económica del imperialismo. Esta manera de ver hace permitir observar que “Estados” y “mercados” son di-

mensiones complementarias de un proceso unitario; su tajante división, tan central en discusiones políticas actuales sobre el papel del Estado y del mercado, ocultan sus profundos nexos y su mutual constitución. Así como el mercado capitalista siempre se ha formado con el apoyo del Estado, el neoliberalismo depende de toda suerte de respaldos estatales, desde leyes laborales y comerciales hasta apoyos financieros. En breve, sin el capitalismo no existiera el imperialismo moderno, pero, igualmente, sin el imperialismo moderno no hubiera capitalismo.

Este planteamiento recoje ideas ya sembradas en la América Latina hace muchos años. Escribiendo en la primera mitad del siglo XX (1936), el líder peruano Haya de la Torre argumentó que en la América Latina el imperialismo no era la fase superior del capitalismo, sino su primera etapa. Lo que dice Haya de la Torre es cierto pero no solo en relación a la América Latina, sino al capitalismo mundial. Si bien el imperialismo siempre ha acompañado al capitalismo, también el capitalismo siempre ha ido de mano con el imperialismo moderno.

Con este planteamiento no quiero invertir el argumento de Lenin y decir que el capitalismo es una etapa del imperialismo en la América Latina o en otras partes. Mas bien, mi argumento es que el capitalismo e el imperialismo modernos son procesos coetáneos que se condicionan mutuamente en forma variable en diferentes contextos. Naturalmente, así como ha habido capital antes que hubiera capitalismo, han habido imperios antes que hubiera existido el capitalismo.

Igualmente, han habido, y tal vez habrán, imperialismos sin capitalismo. Pero el imperialismo moderno ha estado siempre intimamente asociado al capitalismo. Las formas del imperialismo, a su vez, varían de acuerdo a las cambiantes formas del capitalismo, y viceversa. Los imperios modernos –primero coloniales y luego nacionales– están ahora dando paso –como forma dominante, pero sin desplazar totalmente a las anteriores– a un imperialismo global, formado por redes de estados metropolitanos y capitales transnacionales, el cual es cada vez menos dependiente de formas directas de control político.

## **5. La guerra imperial en el presente es un infierno con muchos círculos**

Es una guerra con múltiples frentes, agentes y objetivos. Ya no es la guerra fría, que terminó en el 1989, marcada por conflictos en las colonias o ex-colonias en un mundo dividido entre los bloques capitalistas y socialistas. Esta es una guerra a la vez nacional y transnacional, formal e informal. Es una guerra que a la vez consolida y transciende la división en Estados-naciones y regiones basadas en criterios geopolíticos convencionales. Involucra tanto Estados nacionales, como los Estados Unidos e Israel, así como a “redes” de capital y Estados. Va dirigida contra otros Estados-nación, como Irak o Siria, pero también contra fuerzas o grupos transnacionales, como “los terroristas.” A la vez, es una guerra del Norte contra el Sur.

Hasta ahora, la guerra caliente se ha centrado en el Medio Oriente. Pero en otros círculos infernales, la guerra vie-

ne por la vía de la explotación, la pobreza, la exclusión. Más esclavos hay hoy que durante tres siglos del período colonial. La miseria, epidemias y hambrunas traen diariamente más muertes que las guerras calientes, muertes evitables con los recursos que dispone la humanidad. Pero la preservación de un orden mundial basado en la desigual producción y distribución de estos recursos no solo no impide, sino mantiene la polarización mundial. Los Estados Unidos, con 5% de la población mundial, consume la mitad de la gasolina y la cuarta parte de la energía mundial; aunque se erige como modelo universal de civilización, su modelo no se puede generalizar, pues se basa en la explotación y exclusión de otros. Las respuestas tienen que ser alternativas a este orden.

## **6. El presente prefigura impuramente al futuro**

Todo proyecto utópico, si aspira ser realizable y no enfermarnos con deseos imposibles (como diría Terry Eagleton), tiene que basarse en las tensiones y posibilidades reales del presente. Estas tensiones anuncian un futuro otro, más no definen su contenido –lo prefiguran, no lo figuran. Su figura será el producto de luchas cuyos resultados no podemos predecir. En algunos casos, el futuro se imagina como transformación, como disolución de diferencias. En otros, se imagina como la permanencia de las diferencias, o al menos de algunas diferencias a las cuales se le da valor especial como base para futuros cambios. Si bien el presente esta preñado del futuro, su desarrollo en libertad implica la imposibilidad de definirlo de antemano. Las sombras que

vislumbramos en el día son tan importantes como los sueños que nos animan en la noche. En la medida en que ambos están marcados por nuestra historia, la encarnan en su riqueza; en la medida en que están marcados por la libertad, celebran la incertidumbre de lo inédito.

Aunque es obvio, es necesario enfatizar que el *otromundismo* que nos anima depende de la labor de una gran diversidad de agentes. Sin pretender dar respuesta al problema de las alianzas y convergencias, estas serán tanto más posibles mientras más ocurran en democracia. –Como diría Boaventura de Sousa– no se trata de una alternativa a la democracia, sino de una democracia alternativa. Esta democracia tiene que incluir la práctica permanente de la democracia como un legado de luchas mundiales, de europeos y americanos (y africanos y asiáticos), un legado indispensable pero insuficiente. La modernidad es global y heterogénea; incluye márgenes formados en un contrapunteo permanente. La práctica de la democracia, como legado mundial de ese contrapunteo, excluye que se le atribuya a nadie o que nadie se atribuya a si mismo privilegios epistémicos o políticos.

Ni Chávez, ni Bachelet, ni Morales, ni Marcos, pueden hablar o soñar por todos –cada proyecto, por más incluyente, excluye y limita, dando pie a luchas continuas por una mayor igualdad y diversidad universal. Cada proyecto plantea preguntas difíciles. Es cuestión de mantener diferencias, o transformarlas? ¿Quienes deciden y cómo? ¿Cómo usar los recursos de la humanidad? ¿Quién decide qué hacer con el gas, el petróleo, el agua?

Podemos pensar un mundo donde quepan todos los mundos en cualquier idioma, con cualquier epistemología. Pero este mundo será mejor mundo si esta hecho por muchos mundos. Mundos hechos de sueños, soñados en catres en los Andes o en chinchorros en el Caribe, en aymara o en español, sin que nadie diga que sueños soñar, por mundos en los cuales nadie tenga miedo a despertar.